

# Relatos de Violeta Quevedo



Por Ignacio Valente

**I**NOCENTE, rara, *naive*, candorosa, pícaro, sobrenatural, cómica, sabia, chiflada, genial: todo esto y algo más era doña Rita Salas Subercaseaux (1882-1962), que se firmaba Violeta ("porque soy como la flor que oculta su cabeza entre la hierba") y Quevedo (porque escribo lo que veo"), y de quien Editorial Universitaria publica estos *Seis relatos* del más puro estilo *naif*. ¿Qué significa, en su caso, esta categoría literaria? Por cierto que no sólo una pasmosa ingenuidad, y no sólo una fe religiosa que la hace codearse a cada paso con los ángeles, con la Providencia y con todos los coros celestiales, sino, además y sobre todo, una especie de don paradisíaco que la hace vivir en este mundo como si no hubiera pecado original ni especie alguna de maldad.

He aquí un texto típico: "Partí con tranquilidad, y nunca hubiese adivinado en esta ocasión lo sucedido y la gran protección que iba a tener de lo Alto por las manos providenciales de la Providencia, que ahora habría podido decir con razón una pariente mía que se ha radicado en España, O. C. de F., 'ustedes, que hacen trabajar harto a la Providencia'." La comicidad de esta observación y de todo el episodio reside en un permanente desencuentro: la autora no tiene ninguna conciencia del efecto que produce en el lector. Nosotros, lectores adultos, astutos y experimentados, nos explicamos las andanzas que relata esta vieja y pía solterona, sin ninguna necesidad de las categorías teológicas y casi milagrosas con que ella explica sus banales aventuras. Pero, planteado así el problema, resultaría que su encanto literario y humano radicaría en un simple *minus*, su beato candor. Y, sin embargo, hay en Violeta Queve-



do un constante *plus* sobre nuestra malicia adulta y engreída: una forma de sabiduría adánica, una infancia espiritual que no se limita a hacernos reír —como ante un niño o un loco— sino que nos gana por su penetración superior en ciertas zonas de la realidad que escapan a nuestra experiencia adulta y racional. Tal vez sea verdad que ella y su hermana hicieron "trabajar harto a la Providencia".

Cierto que esta labor divina recae sobre sucesos bien cotidianos y pedestres. Los seis relatos hablan siempre de lo mismo: las mudanzas de pensión en pensión, las aventuras de estas dos hermanas pobres de familia rica, que vagan por hotelitos, conventos, sanatorios, casas de benefactores "providenciales", y que, como no tienen plata para vivir en Santiago, cualquier día parten a Buenos Aires, a Europa, a los Estados Unidos, donde viven de milagro, gozan y sufren, hacen turismo y peregrinaciones, protegidas por sus omnipotentes ángeles de la guarda. Y también —dicho sea sin menoscabo de los poderes celestiales— protegidas

por una impresionante legión de parientes y amigos distribuidos por el viejo y el nuevo mundo. No se trata de una observación escéptica. La misma autora, que añade a su fe sobrenatural un sentido común rayano en la picardía, nos lo hace saber al cabo de alguna inverosímil aventura: "Estoy convencida que después de la oración todo se consigue con la caña de personas de influencia".

Violeta Quevedo escribe deliciosamente mal. Su espontánea intuición poética le permite reírse de la sintaxis. Por ejemplo: "¡Alabado sea Dios! Hemos llegado a la Wonderful City of New York, que es lo más difícil de llegar". "Yo quedé obligada a más de mi dolor a cumplir una promesa a María Auxiliadora, si resultaba encontrar un departamento adecuado a mi bolsillo y a mi gusto, que era algo bien precario en la vida que atravesamos ahora de tantas dificultades con este desastroso Gobierno en que vivimos en que no hay frases ni lenguaje para descifrarlo, lo mismo ni cacumen de inteligencia más aún". Salvadas las distancias, hay frases cuya sintaxis es tan

encantadoramente incorrecta y compleja, que nos recuerdan la construcción de Santa Teresa, su gracioso descuido, sus expresivos errores. La vitalidad de esta prosa reside en su carácter intensamente coloquial: "Total del caso que allí se formó la primera rosca". Las frases hechas del idioma aparecen de pronto con curiosas modificaciones: "Y ella lista como un rayo de luz me dijo estas frases que nunca olvidaré". Las incorrecciones léxicas son siempre graciosas: "pero adoptamos por quedarnos allí". Y en cualquier momento, la imagen casi surrealista; así cuando describe una navegación por aguas agitadas "donde las olas sin tregua ni descanso hacen ruido y moviendo los muebles, como si fueran espiritistas".

Transida por la lógica divina del misterio, Violeta Quevedo se permite contravenir a cada paso la lógica humana. Para exaltar el orden del tráfico en las calles de Nueva York, escribe: "Por su modo de manejar y su organización se evitan tantas desgracias personales que abundan en Chile y yo, en ese gentío inmenso, no presencié ninguna". Esta figura, que en lógica se llama inducción incompleta —generalizar sobre la base de unos pocos casos particulares— es casi su modo habitual de razonar. Así, cuando quiere subrayar los peligros del veraneo en Viña del Mar —por los juegos del Casino, los "turbulentos paseos" y los banquetes— afirma con oronda generalidad que los veraneantes ven afectada su salud "y, en vez de descanso, llegan a enfermarse y también a fallecer, como sucedió a un sinnúmero de personas conocidas mías en este último veraneo". El caso de los parecidos al revés es siempre cómico; en Lourdes "la Gruta la encontré muy parecida a la copia que existe en Santiago". Otras veces se trata de lo obvio dicho en forma graciosa; así, un retrato que le hicieron "lo conservo siempre pues yo me encuentro muy mejorada y a las mujeres, les agrada mucho verse mejores que peores".

Me parece que los adultos, los experimentados, los "espíritus fuertes", tienen no poco que aprender del humor, la inocencia y la teología de esta humilde flor que oculta su cabeza luminosa entre las hierbas del paraíso.